

Gabriel Restrepo¹
Guillermo Montoya²

Resumen:

Este texto trata el tema de la prohibición de la FIFA para practicar el fútbol en altura, y sobre el rol de las ciencias sociales en el entendimiento crítico de la situación geográfica y cultural específica de América Latina y su particular relación con el fútbol. El texto plantea la singularidad del fútbol de acuerdo a cada contexto cultural y geográfico y sobre cómo debe ser respetado dicho derecho de todos los pueblos a practicarlo, entendiéndolo como patrimonio de la humanidad. Dichas relaciones se muestran a través de paralelismos históricos entre la historia de las guerras de independencia andinas y la relación con los resultados deportivos contemporáneos.

Palabras Clave: Fútbol, Cultura, Ciencias Sociales

Con notables excepciones (Alabarcés, 1998; Carrión, 2006, entre otros), las ciencias sociales de América Latina se comportan frente al fútbol como pésimos volantes de contención, pues regurgitan cánones y modas del pensamiento mundial sin urdir juego propio de medio campo para apuntar al arco donde se trastrueque nuestra perplejidad en complejidad pensada.

Antes bien, unas ciencias sociales acuñadas en los moldes clásicos del siglo XIX, parceladas en fueros, alejadas de su medio, ponen con frecuencia toda suerte de trabas a nuevos pensamientos que aborden temas inéditos como el deporte, la cocina, la moda, la vida cotidiana. Por lo menos así ha ocurrido en Colombia desde cuando en el IX Congreso de Sociología celebrado en Bogotá en diciembre de 2006 y con presencia de figuras tan importantes como Alain Touraine, Michel Wieviorka, Pablo Alabarcés y otros pensadores de América Latina y Europa se tendieron toda suerte de triquiñuelas para que estos temas desaparecieran del espectro de mesas, pese a que las propusiera el coordinador del Congreso, quien redacta este ensayo.

Antes bien, unas ciencias sociales acuñadas en los moldes clásicos del siglo XIX, parceladas en fueros, alejadas de su medio, ponen con frecuencia toda suerte de trabas a nuevos pensamientos que aborden temas inéditos como el deporte, la cocina, la moda, la vida cotidiana. Falta mayor audacia para indagar nuevos temas con enfoques inéditos superando aduanas académicas que en el fondo son escolásticas.

No obstante, un grupo ya grande de jóvenes investigadores se impone con fuerza para abrir muchos espacios de pensamiento del deporte y la recreación como fenómenos

¹Profesor del Instituto de Estudios en Comunicación y Cultura, IECO, Universidad Nacional de Colombia y cofundador de la Red de Estudios en Deporte y Recreación, REDRE de Colombia.

² Antropólogo de la Universidad de Los Andes, Candidato a Magister de Antropología Social de la Universidad de Los Andes, Investigador de IECO (Instituto de estudios en Comunicación y Cultura) de la Universidad Nacional de Colombia.

cruciales en la configuración de identidades, la expresión de pasiones, las narraciones colectivas, la relación con la economía, la movilidad social y la incidencia del narcotráfico.

Dicha tarea es urgente, pues para referirse de modo específico al fútbol en particular, sin considerar otros deportes y formas de recreación, son inconcebibles nuestros modos de ser como pueblos sin pasar por la esférica desde potreros hasta espectáculos mediáticos. Claves de la formación de subjetividades, identidades locales y nacionales, comunidades o tribus virtuales, flujos numerarios, pautas de consumo, coincidencia telemática, narcotráfico y lavado de dineros, mitos y héroes se cifran en el globo movido a puntapiés. Hoy, en un mundo cada vez más imaginario y veloz, afrontamos la tarea de descifrar identidades nómades, virtuales, con adherencias telemáticas: por ejemplo, la existencia comunidades de sentido de pertenencias múltiples a clubes locales y globales. Se es hincha de Santa Fe, de Quilmes o de Colocolo, pero como en la doble nacionalidad se lo es también del Barcelona, del Arsenal, de la selección turca. En la reciente visita del Real Madrid a Bogotá para un partido amistoso con Santa Fe (agosto 7 2008, día nacional de la conmemoración de la Batalla de Boyacá que decidió la independencia y un día después de la conmemoración de la fundación de la ciudad), algunos enarbolaron banderas del Barcelona y otros los emblemas de Santa Fe y del Real Madrid. Países no avenidos a la tradición más bien muy reciente de la historia del fútbol se han visto obligados a acceder a la frontera del juego, como Estados Unidos, Corea, Japón, Suráfrica o China.

Ante la ausencia de interpretaciones factuales en torno al fútbol por parte de las ciencias sociales, algunos se abandonan a una imaginación propia del realismo mágico, neo barroca, excéntrica. Un exiliado chileno en Colombia aseguraba como dogma que la masonería clásica de Lautaro en el sur y de la Gran Colombia en el norte, cuya tensión máxima se cifró en la entrevista de San Martín y de Bolívar en Guayaquil, decidió a finales del siglo XIX que el camino de la política agotaba su potencial y que su delantera sería en adelante el fútbol.

Cómica, esta ocurrencia permite empero sacar punta al lápiz. Aunque en la cuadrícula de la cancha de fútbol aparezcan muchos pases, estrellas y triangulaciones, nadie se imagina a los jugadores con mandiles, escuadras, compases, reglas o trajes de soles y lunas. El pibe Valderrama exhibió una geometría de campo sin iniciaciones distintas al “pescadito”, su lugar de escarceo infantil en una arenosa de Santa Marta. Allí fue enseñado en los ardidés de “la loca” y del “morro”: la primera designa a un viento costero caprichoso con el cual contaban los jugadores nativos contra los adversarios que no sabían de la atmósfera local; el morro nombraba a un pequeño montículo anterior al arco que mofaba a los arqueros más avezados.

Higueta patentó en el Wembley su escorpión sin ojales, cintas o cordones: producto genuino no de ninguna escuela, logia o tradición, sino de esa picardía que emerge de las piruetas en los potreros de barriadas. Los bolivianos emplean la pelota inflada con helio para asombrar con su velocidad a jugadores contrarios que no despiertan del soroche, no por falta fisiológica humana, pues la especie muestra enorme capacidad de adaptación a diversos entornos, sino por inadecuada preparación para jugar en altura y en condiciones distintas a las habituales.

No obstante, el chiste del chileno permite recordar que en América Latina, donde proliferan los abogados, cantera de la masonería decimonónica, hay infinidad de leyes y poca justicia. Algo que remite a la arquitectura de las leyes de Indias, respecto a las cuales los encomenderos decían en el siglo XVI: “se obedece, pero no se cumple”. Región con la más alta inequidad del mundo, si se exceptúa a una parte de África, el fútbol se representa en el subcontinente como máquina de movilidad ascendente, como medio de convergencia en naciones disyuntas e incluso como idea mesiánica de redención jubilar.

“Ni tanto que queme al santo, ni tan poco que no lo alumbre”: este dicho propio de los altares limeños, quiteños o santafereños es muy apropiado para moderar extremos en una tierra dada a ellos como el Quijote en su anacrónica fe en las caballerías o como Astete con su Catecismo inmune a las sorpresas. Con todo, no deja de ser admirable que la Copa Libertadores de América, iniciada en 1960 se haya anticipado en cuatro décadas al primer Estado Nacional de la región, Chile, que organizó con una década de previsión la conmemoración del bicentenario de la independencia de la mayoría de países, incluso del mismo Brasil, pues hay quienes indican que la potencia de la colonia lusitana se marcó con el traslado a Río de Janeiro de la corte del rey Pedro para escapar a la invasión napoleónica. Ni a Carlos Tercero, ni al llamado “Príncipe de la Paz”, Godoy, ni a Fernando VII se les ocurrió nunca venir por estos solares, como lo hace hoy en cambio el Real Madrid, a casi medio siglo de una anterior visita, en 1949 y en los inicios del fútbol profesional colombiano.

Pero sin abonar a la teoría conspirativa del exiliado austral en torno a los designios secretos de la masonería (el exilio obliga a habitar mundos virtuales), el largo camino de la Copa Libertadores indica que en el fútbol hay una destinación intuitiva de nuestros naciones sobre su devenir como pueblos mundos. Que unas veces dicha copa se llame Toyota y otras Santander, es adjetivo respecto al sustantivo de “libertadores”, pese a que para algunos con razón indique la subordinación a para-estados transnacionales del consumo vehicular o financiero. De hecho, zambos como Garrincha, mulatos como Pelé, “pibes” como Maradona han redimido infancias pobres en genialidades propias de la acrobacia del fútbol, aunque sus éxitos sean singulares y con no pocos altibajos. Emancipación parcial, el fútbol ha inventado nuevos arquetipos de refundación nacional y ha creado comunidades religadas en una suerte de teología del fútbol.

De alguna manera, en el fútbol, como en la independencia, hallamos un modo de ponernos los pantalones largos con nuestras picardías y esquinces: un lugar donde exhibir la exuberancia creativa de nuestro relajo. La transmisión por parte del canal Fox Sport del supertazón de 2008, el programa de televisión con mayor audiencia en la televisión, mostró un curioso “toma y dame”. El llamado fútbol americano fue saturado en la pantalla publicitaria del sur del continente con una propaganda intensísima a la Copa Libertadores Santander. Algo que recuerda el diseño geopolítico de Kissinger y Pelé por “criollizar” el fútbol en el norte de América, con mucho éxito a tres décadas de iniciado. Visto el tapón del Darién imaginario en retrospectiva, es decir aquellos imaginarios que nos separan del norte, la preocupación de Huntington en su libro, *El Conflicto de las Civilizaciones* (Huntington, 1997), en torno a la ascendencia de la población hispana y afroamericana como signo de debilitamiento de la herencia blanca, anglosajona y protestante podría ser mejor curada por la inclusión recreativa del fútbol que por la tranca aduanera y cultural del neoconservadurismo puritano.

, por borracheras o por riñas fuera de la cancha: en Colombia los casos no han sido raros por desgracia. Nunca en ningún campo situado más allá de los 2.500 metros de altura se ha presentado una muerte espectacular como la del camerunés en un partido del mundial de fútbol televisado a millones de espectadores, muerte “súbita” cuya causa se halla lejos de cualquier determinismo geográfico.

Sin sugerir que este haya sido el caso, las muertes en competencia pueden derivar de factores tan distintos como la predisposición biológica o el uso de fármacos. En todos los deportes los estimulantes, como en la música o en la farándula, son más letales y aún mortales que los juegos en pisos térmicos medios o elevados. Aunque la relación entre fútbol y violencia sea compleja, dentro y fuera de los escenarios, el riesgo físico es mucho menor al boxeo, al rugby, a la lucha libre o a otros deportes.

No deja de ser curioso que la FIFA se pronuncie desde el país más montañoso de Europa, donde los juegos de altura son asunto de tradición e interés nacional. Pero el determinismo geográfico de la entidad se burla a sí mismo de un modo muy cómico. Falda se llama en español a la prenda femenina de cadera hacia tobillo y también a la vertiente de una montaña. La FIFA se ha comportado como una suerte diseñador de alta costura: enmendó su primer error subiendo el dobladillo poco a poco, hasta figurar hoy una cortísima minifalda. Aunque el pudor y la fisiografía imponen al alza de los vestidos femeninos un tope definido, porque entonces se mostraría aquello que se trata apenas de sugerir, ocultándolo, la capacidad de adaptación de la especie a sus entornos hará que en algunas décadas la FIFA reglamente el juego de fútbol en la luna.

Desde hace ya una década, Pablo Alabarcés llamó la atención en torno a la necesidad de una historia comparada del fútbol en América Latina y señaló parámetros decisivos para el análisis: la estratificación y la movilidad social; el papel de la educación; los modos de relacionar el estado y la nación, incluyendo al decisivo populismo; el papel de los intelectuales en la elaboración de mitos; la promoción del deporte por el poder mediático (Alabarcés, 1998). Hoy el capricho de la FIFA y la inminencia del medio siglo de la copa Libertadores de América que coincidirá con el bicentenario de Independencia de muchos de los países andinos, incitan a emprender esta tarea.

La región entera se halla en el trance de pasar por una década para recorrer dos siglos y hallar, si es posible, una vía de refundación nacional que se aproxime a esa idea de esperanza expresada por Gabriel García Márquez en el discurso de recepción del premio Nóbel de una “segunda oportunidad para los pueblos condenados de la tierra”. Transformar el pensamiento de la fiesta libertaria en una fiesta del pensamiento es obligación de los intelectuales en esta coyuntura decisiva de nuestra América Mestiza y ello pasa por pensar la polisemia del fútbol como expresión de pueblos y estados. En el caso del fútbol, la tremenda victoria de la Liga Universitaria de Quito en la reciente Copa Libertadores figura por supuesto como un mentís a la arbitrariedad de la FIFA y proporciona a la vez una imagen de cuanto puede aglutinar el fútbol como sentido de cohesión de valores propios, así sea una integración hechiza a falta de conjunción de Estado y Nación. Además es punto de partida para recordar que no es caso único de éxito de un equipo de alta montaña en lograr galardones internacionales.

El ejemplo de Colombia contribuye a iniciar algunas comparaciones en la dirección trazada por Alabarcés y al mismo tiempo demostrar lo banal de las preocupaciones de la FIFA. País con variedad ecosistémica extraordinaria como la mayoría

de naciones andinas, posee la característica de una dispersión notable de población en el territorio, con cuatro centros urbanos grandes y más de 20 ciudades intermedias muy dinámicas. La probabilidad de que dos personas provenientes de los 37 grandes ecosistemas colombianos se encuentren al azar en unas mismas coordenadas es la antepenúltima del mundo, asunto que da cuenta de fenómenos tan distintos como la persistencia de nichos propios para los ejercicios de violencias organizadas y también de condiciones geográficas que dificultan hallar la sazón debida para una selección de fútbol que represente a todos, no por razones irremontables de orden natural sino por dificultades de comunicación, organización e integración cultural.

Ello explica por qué la historia del fútbol colombiano vaciló durante mucho tiempo en atribuir el nacimiento del deporte en suelo colombiano a Barranquilla, lugar favorable por ser puerto, a Pasto, ciudad intermedia menos imaginable como semillero debido a su posición mediterránea, y a otras ciudades grandes y medianas del país. Pero hace muy poco tiempo se ha establecido de modo fehaciente que el fútbol se jugó por primera vez en Bogotá, a más 2.600 metros de altura, en 1892, hace poco más de un siglo: un presidente de los llamados “gramáticos”, poeta y latinista, Miguel Antonio Caro, quien se envanecía de no haber viajado más allá de la altiplanicie sabanera, presidió el primer partido jugado por iniciativa de un coronel de Estados Unidos como parte de la formación militar: con tanta guerra civil de guerrillas aleatorias del siglo XIX, el fútbol proporcionaba un modelo no sólo de esfuerzo físico y de antagonismo organizado, sino de coordinación y de reglas de juego.

Pero no todo fue milicia en el nacimiento del fútbol. No por azar en uno de los primeros partidos de fútbol jugó Leo Kopp, el fundador de la potente cervecería de Colombia, la misma que con el nombre de Bavaria sería integrada más tarde al grupo Santodomingo, para terminar hace poco como propiedad de una cervecería multinacional alemana. Ello dibuja un camino de muchos zigzag en el cual hay una constante: la mayor fuente de financiación del fútbol ha provenido de la cerveza, por igual del aguardiente, también de los cigarrillos e incluso en tiempos recientes de las organizaciones de la mafia de las drogas. Es como si la caldera de las pasiones del fútbol debiera ser alimentada por toda suerte de estimulantes.

A dos décadas del inicio del fútbol colombiano, suspendido en el trance del siglo XIX al XX por una de las guerras civiles más duraderas del mundo, la de los Mil Días, otro presidente patrocinó un torneo con su nombre (Santos, 2005). Carlos E. Restrepo se distinguió en su gobierno por exaltar el poder judicial, contraponiéndolo como poder independiente frente a la arrogancia casi dictatorial del poder ejecutivo. Se trataba entonces en el centenario de la independencia de limitar esa suerte de punta de iceberg irreductible de América Latina y más de Colombia cifrada en la reencarnación simulada bajo remiendos republicanos del esplendor opaco de los virreyes, algo que a la vuelta de un siglo se comprueba como irrisorio paréntesis aquí y allá, porque nuestros imaginarios poseen la coraza propia de duraciones geológicas. Para Carlos E. Restrepo, el fútbol serviría como una puesta en escena de la eficacia de las reglas de juego, algo que excede nuestra predisposición atávica a un caos que es el reverso simétrico de autoritarismos a rajatabla o de esas mediatintas populistas. Lo que no aparece en ningún caso es una democracia apersonada en la madurez de una sociedad civil plural e independiente.

Con el anterior cuadro contamos ya con algunos descriptores claves de la historia del fútbol colombiano que se entrelazan en una narrativa melodramática: gramática o discursos del poder, milicia, empresa privada y justicia, incluso ésta como ingrediente de la obsesión por las reglas del arbitraje, muy típica de Colombia: se recuerda por ejemplo que en el mundial de 1982 los árbitros fueron los comentaristas principales en Colombia de los partidos televisados y no faltó un árbitro que en una visita del Santos a Bogotá expulsara sin mucha razón al mismo Pelé.

Los entreveros del fútbol y la milicia no se remontan sólo al nacimiento del fútbol como preparación militar: resulta sintomático que cuando un grupo de guerrilleros se tomaron el seis de noviembre de 1986 el llamado Palacio de Justicia y el ejército organizó una retoma con saldo funesto de más de un centenar de muertos, entre ellos muchos magistrados, las transmisiones desde la plaza de guerra fueran obturadas de pronto por la presentación en directo de un partido de fútbol. Por fortuna, Colombia había declinado dos años antes la propuesta de realizar el mundial de 1986 en un suelo asediado por todas las formas de violencias: no fue entonces la excusa de la altura lo que se adujo para rehusar aquella oportunidad, sino la precariedad económica de la “década perdida” que afectó a Colombia como a toda América Latina y con mayor razón una exuberancia de violencias que a diferencia de Argentina hubiera sido difícil de ocultar y a la cual la escenificación mundial hubiera proporcionado potencial de fuego.

Lo anterior recuerda que a los ingredientes clásicos de la tradición del fútbol colombiano les faltarían tres condiciones muy precisas para el paso de los cotos de honor y de las retóricas del poder a los espacios públicos: pueblo, violencias y poder mediático.

Durante el primer medio siglo, el fútbol fue ostentación de elite en una sociedad con una modernidad retráctil: por esta se entiende esa marcha casi metódica consistente en un paso adelante y dos atrás, algo que el fútbol escenificaba con una coreografía retrógrada. Los colegios como en toda la región fueron un ámbito de juego: “los bartolinos” impulsaron el fútbol en la tradición jesuita de “mente sana en cuerpo sano”. Otro ejemplo típico es la expresión “la patada salesiana”, de la cual se hablaba en 1927: como el patio es sagrado para los discípulos de Don Bosco, se fabricaba una pelota de trazo tan dura que no levantara vuelo y rompiera los cristales.

Pero todo ello fue insular comparado con Argentina. Antes que “pibes” elevados por el tango o el fútbol, en Colombia pulularon los gamines y, como se diría en el lunfardo del querido país austral, los malevos, malandros o tinieblas, éstos prontos para comprender que el fútbol podría ser fuente de doble lavado: prestigio y dinero. El hecho crucial que marca la diferencia con Argentina consiste en que hasta 1952 la educación de Colombia presentaba la mayor inequidad del mundo, con un grado de escolaridad de 1.2 años por persona. Como lo presintiera el inmolado Jorge Eliécer Gaitán cuando fue alcalde de la capital hacia 1940 y como tal desechara la idea de erigir el estadio de la Universidad Nacional como centro de deporte para preferir la construcción del actual estadio El Campín, la cantera del fútbol provendría de un pueblo sin ilustración, hecho a punta de palustre y potrero. Lo mismo ocurriría con más veras en la costa Caribe o en el occidente colombiano. A diferencia de México que cuenta con algunos equipos universitarios, en Colombia el único equipo universitario fue efímero. El fútbol sería una pieza crucial en el engranaje de una singular complicidad de elitismo y folclore erigido como un sedante colectivo. Quizás la mayor diferencia entre el norte y el sur de América

radica allí de un modo preciso: a diferencia de Inglaterra y de Estados Unidos, donde el deporte universitario es cantera del profesional, aquí el meridiano no pasa por escuelas o colegios, instituciones sin cuerpo y por ello también sin cabeza, sino por las esquinas, las calles, las cuadras, los peladeros.

Y fue de modo preciso el asesinato del líder populista el 9 de abril de 1948 lo que precipitó la fusión para erigir el fútbol como espejismo de una nacionalidad a la deriva. El primer torneo debió aplazarse un mes tras la trágica alborada de las violencias. El fútbol surgió de la mano del poder mediático con la aparición de las dos grandes cadenas hoy dominantes, Caracol y RCN, en las cuales se coaligaban las cervecías, las empresas de textiles con la nueva gramática del poder: política, economía e imagen, envidiadas luego con los intentos de réplicas sombrías por parte del narcotráfico que incursionó no poco en las estructuras de los equipos, en la compra de jugadores y aún de árbitros. Colombia quizás sea el único caso del mundo en el cual un jugador de una selección nacional haya sido asesinado por cometer un autogol que diera al traste con una enorme apuesta mafiosa.

No es de extrañar que en la misma época del asesinato de Gaitán y del surgimiento del fútbol aparecieran la Vuelta a Colombia en bicicleta, los reinados de belleza, los movimientos musicales como el Vallenato y las grandes fiestas y festivales regionales. Colombia ocupa en la región de América Latina y el Caribe el antepenúltimo lugar en el rango de índices más bajos de distribución de ingreso, luego de Brasil, el penúltimo, y de Haití, el último. Colombia ha sido por desgracia uno de los países más violentos del mundo y aparece empero como uno de los más felices, paradoja que se explica por un hedonismo teledirigido amoldado a los estilos de vida del pueblo en su modo de estar coexistiendo con infelicidad sistémica en sus modos públicos de ser. Brasil mitiga esa desigualdad con las trazas del imperio, con la esclavitud “redimida” en el carnaval y con el mismo fútbol, cuyas glorias cuatrienales amortiguan los mismos ciclos de depresión política. Haití vive su tragedia sin *saudade*, sin fiesta que no sea la sanguinolenta del vudú y sin que el fútbol o cualquier espectáculo proporcionen o placebo o esperanza: un país que fue el primero en constituirse como Estado libre de esclavitud, celebró su bicentenario en el 2004 con un espectáculo de terror. Ejemplo que si hubiera conciencia crítica, es decir conciencia de fracaso, debería prevenir para que el próximo bicentenario no fuera en el resto de la región una comedia virreinal o un espectáculo de fuegos fatuos.

Este preámbulo además de apuntar a algunas claves de diferencias y semejanzas nacionales en la construcción del fútbol como pasión nacional, esboza un decorado para un argumento contra la arbitrariedad de la FIFA. El inicio del fútbol profesional colombiano se entrevera con la historia del fútbol argentino, pese a las distancias enormes de sus procesos de modernización. Si en Colombia los ciclos de depresión son más graduales, en Argentina bastan cinco años de buenas cosechas para aguardar la catástrofe involutiva de corralitos o de curas a la brava. En el caso del fútbol, debido a la larga huelga de futbolistas en el país austral, Adolfo Pedernera fue el primero en iniciar un éxodo que configuró en Colombia la época de El Dorado que entre 1949 y 1953 incluyó a figuras como Néstor Raúl Rossi, Cozzi, Alfredo Di Stéfano, muchos de los cuales jugaron en Millonarios, conocido entonces como “el Ballet Azul” y que con dichas figuras conquistara cinco copas en una seguidilla de un lustro de oro, sin que jamás se mencionara la palabra asfixia.

“2.600 metros más cerca de las estrellas” fue un lema que acuñó la Alcaldía de Bogotá para significar las transformaciones de la ciudad en los últimos tres lustros. Se aplica al caso, porque ninguno de las estrellas argentinas o latinoamericanas experimentó riesgo de muerte por haber jugado en la altiplanicie de Bogotá, una ciudad que colinda con un paisaje de páramos y nieblas que pocos adivinan en los días soleados. Prueba en contra del sofisma de la FIFA es la longevidad de Di Stéfano quien salió de Millonarios para el Real Madrid, en el cual proseguiría la cosecha de copas. Di Stefano ejerce en el Real Madrid la presidencia simbólica y como tal es oficiante de los ritos de iniciación de los nuevos futbolistas del equipo merengue. El viaje de Real Madrid a la ciudad de Bogotá el pasado siete de agosto a casi medio siglo de otra visita significó una recapitulación histórica de gran importancia simbólica, pero también escenificó un mentís a la prescripción de la FIFA con el triunfo 2 a 1 sobre Santa Fe, tanto más porque jugó más de 60 minutos con un jugador expulsado y superaba el cansancio provocado por la diferencia horaria, ya que jugaba a menos de 24 horas de haber cruzado el Atlántico.

Pero esta historia quedaría trunca si se limitara sólo a Bogotá. La glorias de los equipos capitalinos, Millonarios o Santa Fé, son galardón del pasado y no porque la altura afecte, sino por la falta de oxígeno de la dirigencia. Es una gran lástima que la pasión por el fútbol se limite en la mayoría de los clubes de América Latina a vivir el día a día de una suerte de tiendas de barrio, incluso con el negocio de los pases, sin calar hacia abajo no sólo en la formación de divisiones inferiores, sino en la ampliación de la base social de los equipos por medio de la transformación de los clubes en empresas sociales de recreación social. Esta tremendísima deficiencia empresarial, falta de visión estratégica, explica por qué incluso los equipos de las otras tres ciudades importantes: Cali, América, Nacional, Medellín, y Junior que suman entre ellos la mayor cantidad de triunfos, se opacaron en la última década superados por el ascenso al primer lugar de equipos pequeños de ciudades intermedias, algunos de ellos ubicados en media o alta montaña como el Deportivo Caldas (Manizales, 2.160 metros), Deportivo Pasto (2.570) y en el último torneo, Deportivo Chicó (Tunja, 2.850 metros).

La victoria del equipo Chicó en la final del torneo apertura de 2008 es ejemplar: en el partido de visita, el árbitro pitó el final sin que se cumplieran los dos minutos de adición, justo cuando un delantero convertía un avance lícito en gol que desempataría el juego. En el regreso la suerte de los penaltis salvó al equipo del tremendo error. La distancia entre dos palabras vecinas del español es monumental: árbitro y arbitrariedad. Algo que recuerda que los límites entre la justicia y la injusticia son siempre sutiles. El mundo para cualquiera, hay que confesarlo, es un lugar pasable entre infiernos y cielos, casi siempre purgatorios. Pero cuando se ha tejido la costura de una sociedad ecuménica, ni lo local, ni lo estatal, ni lo global se han preparado para vivir en comunidad con la especie o con la naturaleza. Ni la modernidad ni la posmodernidad nos han habilitado para habitar esa utopía que soñara Francis Bacon de una Sociedad de Salomón. No hay que ceder, por supuesto, a la letra del tango Cambalache cuando dice que “el mundo ha sido, es y será una porquería”, pero sin acudir a la búsqueda de absolutas perfecciones, no se ha de renunciar a aliviar los sufrimientos del purgatorio global.

Instituciones mundiales como el Sistema de las Naciones Unidas, el Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional y la organización de la Internet han demostrado caso por caso que no comprenden la pluralidad del mundo de una manera

justa. Este también es el caso de la FIFA. La arbitrariedad de esta institución es más grave que el error humano del pobre juez que decretó el fin del partido a menos de un cuarto de segundo de un gol definitivo porque es premeditada y resuena como pitazo de clausura cuando el partido no ha comenzado.

REFERENCIAS

ALABARCÉS, Pablo (1998) “Lo que el estado no da, el fútbol no lo presta. Los discursos nacionalistas deportivos en contextos de exclusión social”. Ponencia en el encuentro de la Asociación de Estudios Latinoamericanos. Chicago.

CARRIÓN, Fernando (2006). *Biblioteca del fútbol ecuatoriano*. Quito: FLACSO. Cinco tomos.

HUNTINGTON, Samuel (1997). *El choque de las civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*. Barcelona, Paidós.

SANTOS MOLANO, Enrique (2005) Fútbol, una pasión incontenible. *Revista Credencial Historia*. Edición 185. Bogotá.

SCHILLER, Federico (1952). *Cartas sobre la Educación Estética del Hombre*. Madrid: Austral.

ZALAMEA, Fernando (2008). *Los Bordes y el Péndulo*. Bogotá: Universidad Nacional.